La picardía nos acompaña hace siglos: tiene su raíz en la antigua Grecia y en la tradición judeo cristiana, y se despliega con fuerza en el Siglo de Oro español. Desde *El lazarillo de Tormes* hasta Les Luthiers la lista de ejemplos es larga. Este texto tiene como marco un encuentro dedicado a la búsqueda de caminos para una pedagogía de valores que rescate la convivencia y la solidaridad, contra los resabios de la picaresca como práctica social y como constante oferta discursiva. Lo que se propone aquí es, en definitiva, una pedagogía de los valores frente a la pedagogía de la picaresca que celebra y promueve a diario la televisión.

UNA PEDAGOGÍA DE LOS VALORES FRENTE A LA PEDAGOGÍA DE LA PICARESCA

La tradición es de siglos y siglos. En nuestra raíz occidental en la antigua Grecia, dos figuras encarnan elementos fundamentales de la picardía: Hermes, el dios de los ladrones, y Ulises, el de múltiples ardides. El primero es capaz de burlar hasta a los mismos dioses, el segundo siembra engaños por todas partes. El más famoso, uno de tantos, cuando el cíclope Polifemo le pregunta su nombre, el héroe responde: “me llamo Nadie”. Más tarde el gigante es cegado por el griego y sale a pedir ayuda gritando: “Nadie me ataca”. Pero marquemos una diferencia: Hermes es más divertido que Ulises. La de éste consiste en una picardía siniestra, poco y nada vemos de alegría en sus burlas.

En la raíz judeo cristiana el supremo pícaro es el demonio. El paraíso se pierde a causa de una de sus jugarretas. Aparece también aquí una de las constantes de la picardía: la mentira, la simulación. Agustín habla de dos ciudades: la eterna de Dios y la terrena, fundada por el diablo a través de la mano de Caín. Pero el fratricida no es para nada un pícaro: la ciudad del diablo nace de un acto de violencia. Eso no significa que la historia no haya comenzado antes, en un acto de picardía, cuando la expulsión del paraíso. La presencia del diablo pleno de artimañas atraviesa toda nuestra historia y está muy lejos de desaparecer. Muchas veces se apela al juego del burlador burlado, en toda aquella literatura dedicada a mostrar cómo alguien que vendió su alma al malo se salva a último momento. Pero no siempre el diablo pierde.

Digámoslo así: la picardía es consustancial a nuestras sociedades, nos viene acompañando a través de los siglos y difícilmente saldrá de escena.

Podría multiplicar los ejemplos. Me detengo, antes de entrar a una versión más cercana, en la picaresca del Siglo de Oro español, en una fábula de Esopo:

> Un pícaro se comprometió a demostrar que el oráculo de Delfos mentía. Llegó el día señalado y el pícaro tomó un pajarito y, escondiéndolo bajo de su manto, se dirigió al templo.

> Encarándose ante el oráculo preguntó si lo que tenía en la mano era un ser vivo o era inanimado.
>
> Si el dios decía ‘inanimado’, el hombre mostraría al pajarito vivo; si decía ‘vivo’, lo enseñaría muerto, después de haberlo ahorcado.
>
> Pero el dios, viendo de lo que se trataba con esa malvada intención, respondió:
>
> Deja tu engaño, pícaro, pues bien sabes que de ti depende que lo que tienes en la mano se muestre muerto o vivo.

La infaltable moraleja dice:

"El poder divino no es para llevarle al engaño”.

Pero acá no estamos hablando entre divinidades, sino entre seres humanos, con todas sus grandezas y sus miserias.

La obra fundacional de la picaresca española, *El lazarillo de Tormes* fue escrita hacia 1554, 62 años después que la llegada de Colón diera pie, siglos más tarde, a la canción de los Les Luthiers puesta en boca de los indígenas: “Nos descubrieron, por fin nos descubrieron”. Le siguieron luego *Guzmán de Alfarache*, 1599, de Mateo Alemán, y *La vida del buscón llamado Pablos*, 1605, del inmenso Francisco de Quevedo.

Como no hay texto sin contexto, preciso es detenernos en esos años de desborde de la literatura que nos ocupa. Y lo haremos a través del título de una novela del peruano Fernando Fernán Gómez: *Oro y hambre*, escrita de salida del siglo XX a la manera de la picaresca de la época. Veamos las palabras de Lucas, uno de sus personajes:

> Hambre. Tienen hambre. Todos tienen hambre. Incluso muchos que, por vergüenza, no vienen a la sopa boba, también tienen hambre. Son los hambrientos vergonzantes. Hay familias enteras de hambrientos vergonzantes, pueblos enteros, comarcas enteras. En estas Españas, dueñas del mundo por voluntad de Dios, según dicen muchos, también por su voluntad tienen hambre los hombres y los animales...

El pícaro desarrolla sus habilidades impulsado por el hambre. La picaresca nace de un fondo sin fondo de miseria y de privaciones. Esa España llena de riquezas traídas de las Indias, repartía muy mal los dineros.

Estrategia de supervivencia, entonces, forma de salir adelante en la penuria.

La cuna del pícaro es la miseria, pero también un contexto pleno de burlas y engaños. La madre del Buscón tenía la capacidad de hechizar a cuantos la trataban. Es decir, era una bruja que reedificaba doncellas y resucitaba cabellos encubriendo canas. Tenía su aposento "todo rodeado de calaveras, que ella decía eran para memoria de la muerte… su casa estaba armada sobre sogas de ahorcados".

Su padre oficiaba de barbero y vivía de otras artes: "Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal… Quien no hurta en el mundo, no vive."

De modo que, a pesar de un individualismo atroz para sobrevivir, no estaba el pícaro solo en esas lides. Hacia donde vayan nuestros personajes, siempre habrá gentes de su condición. Un solitario de escenario en escenario y de aventura en aventura, pero con la escena plagada de otros sobrevivientes burladores como él.

El aprendizaje se hace desde los primeros años y a la vez no se deja de aprender en la escuela de la vida. Se dirá en *La Celestina*:

> "La necesidad y la pobreza, el hambre, que no hay mejor maestra en el mundo, no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios."

El pícaro desarrollará desde muy temprano la astucia y tendrá sus modelos y sus educadores. En el camino a la corte, Pablos se encuentra con un don Toribio Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán, un hidalgo vestido de hidalgo, que a poco de ser observado muestra estar cubierto de remiendos escondidos a la vista. Se trata de otro buscón, pero de los que saben moverse en los espacios cortesanos. Veamos parte de las lecciones de vida:

> "Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones y convidados por fuerza… Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando a uno media vez, sabemos su casa, vámosle a ver, y siempre a la hora de mascar, que se sepa que está en la mesa… ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca. Encajamos duques y condes en las conversaciones… y advertimos que los tales señores o están lejos o están muertos."

Pablos vivirá del engaño. En sus mejores momentos tendrá hasta público para sus hazañas, al punto de quitarle las espadas a una ronda de alguaciles. Cuando lo buscaron de casa en casa:

> "…porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador, y con una vela en una mano y con un Cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome a morir, y los demás rezando las letanías."

Llegará incluso casi a tocar el cielo, cuando por poco logra casarse con una muchacha a la cual ha engañado con sus pretendidas riquezas. Pero la tradición picaresca es en esto bastante inflexible: el burlador nunca logra del todo lo que

busca; el salto hacia otro plano social resulta demasiado grande. El pícaro no es un contestatario social, anhela con toda su alma llegar al lugar donde viven los de la clase ociosa. Pablos pierde su oportunidad y a cambio recibe golpes. Otra constante: la violencia anda cerca, sobre todo en carne y huesos del pícaro. En general él no la practica, se mueve de astucia en astucia y no arremete contra los demás.

El mundo, la ciudad en estos casos, es el espacio de la aventura. Quevedo no deja de narrar peripecias casi, diríamos, a toda velocidad. Su personaje se va curtiendo en ese andar por la vida. Aprende no sólo a burlar, sino también a ver. El conocimiento práctico da para sobrevivir, pero además para reconocer el propio contexto. Y el relato se colma de críticas a la sociedad de entonces, a las picardías de la nobleza para continuar en sus privilegios y de la plebe para sobrevivir. Sobre todo las críticas al papel de la justicia llegan casi siempre al sarcasmo. Pero, insistimos, el pícaro no quiere cambiar nada. Busca insertarse hacia arriba y cada vez cae más a lo hondo.

No dejemos fuera el papel del lenguaje. En la muy lejana tradición de Ulises, Pablos es hábil en la palabra. Saca argumentos de cualquier lado, puede sostener una conversación, en su niñez ha trabajado para un señorito y ha aprendido su habla, es experto en halagos, es joven, bien parecido. La palabra es un arma constante de esos personajes literarios y reales del siglo de oro español.

En el fondo, el pícaro está solo. No puede confiar en nadie, cuando se descuida, sus propios compañeros le roban. En un mundo frágil e incierto, se cuenta apenas con uno mismo para sobrevivir. Además, el vértigo de la aventura, el cambio de escenarios, hace que entren y salgan personajes. Nada hay permanente, ni amigos, ni afectos, ni espacios.

Picardía por arriba y por abajo. El protagonista de *Oro y hambre* dirá: “Esa gente culta no necesita picardías, ya las hicieron sus abuelos.”

Escribo estas páginas para un encuentro dedicado a la educación en valores. La picaresca tiene los suyos, sin duda. A nosotros nos congrega la búsqueda de caminos para una pedagogía de valores que permita rescatar convivencia, solidaridad, apoyo mutuo en estos años desventurados de nuestra patria. Pero junto a la nuestra, hay otras pedagogías.

Una necesaria aclaración antes de avanzar: no pretendo condenar la picardía en las relaciones cotidianas, aquella del guiño cómplice, del juego de palabras, de los chistes, de los segundos sentidos nacidos al calor del diálogo, capaces de provocar la risa. Me preocupa, y por eso escribo estas líneas, la picaresca jugada para sembrar una burla atroz, para timar, para usar a los otros.

El pícaro aprende de otros pícaros. Y ellos están siempre prestos a dar consejos, a orientar al burlador para que se perfeccione. Pero aprende no sólo de palabras, sino viendo y compartiendo acciones.

Era inevitable que la picaresca pasara con toda fuerza a nuestras tierras. En Guatemala han sido recogidas historias de Pedro Urdemales, personaje muy español, pero a la vez muy adaptado a la vida de las Indias.

Nuestro querido Juan Draghi Lucero ha recogido y recreado historias de siglos y siglos, todavía en boca de los ancianos en la segunda mitad del siglo XX. Uno de sus relatos se llama “Los tres ladrones”. Aparece allí con toda fuerza esa pedagogía del más experimentado hacia el novato. Se enseña por las palabras y por los actos.

Pero donde irrumpen contrastadas con toda claridad ambas pedagogías es en una obra fundacional de nuestra patria: *Martín Fierro.* Veremos en ella una pedagogía de los valores que reclamamos para la convivencia social y una pedagogía de la picaresca.

Retomo los consejos de Martín Fierro a sus hijos:

Al que es amigo, jamás *Lo dejen en la estacada,* *Debe trabajar el hombre* *Para ganarse su pan;* *Si la vergüenza se pierde* *Jamás se vuelve a encontrar.* *Respeten a los ancianos,* *El burlarlos no es hazaña* *Procuren de no perder* *Ni el tiempo ni la vergüenza* *La sangre que se redama* *No se olvida hasta la muerte* *Es de la boca del viejo* *De ande salen las verdades.*	 *Ni el miedo ni la codicia* *Es bueno que a uno le asalten* *Los hermanos sean unidos,* *Porque ésa es la ley primera.* *Apriendan de las cigüeñas* *Este ejemplo de ternura.* *Pues no es vergüenza ser pobre* *Y es vergüenza ser ladrón.* *Procuren si son cantores,* *El cantar con sentimiento,* *Y acostúmbrense a cantar* *En cosas de jundamento.*

No creo que haya quedado en estos días de trabajo ni uno solo de esos valores fuera del análisis que ustedes vienen realizando. Están presentes en esa pedagogía labrada desde la miseria el respeto a los ancianos, la necesidad de la ternura, el horror ante la sangre derramada, el cuidado de la palabra para no parlotear sin fundamento. Y además, se hacen alusiones directas a quienes manejan las burlas y a la diferencia entre la picardía y la prudencia.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía.
Sin ella sucumbiría,
Pero sigún mi esperiencia
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Pero veamos ahora la pedagogía de la picaresca:

Consejos del Viejo Vizcacha:

Jamás llegués a parar *Ande veas perros flacos.* *Hacete amigo del Juez* *Pues siempre es güeno tener* *Palenque ande ir a rascarse.* *Lo que más precisa el hombre,* *Es la memoria del burro* *Que nunca olvida ande come.*	*El primer cuidao del hombre* *es defender el pellejo* *El cerdo vive tan gordo* *Y se come hasta los hijos.* *Cada lechón en su teta* *Es el modo de mamar.*

El paralelismo entre los dos tipos de discurso se impone. Fierro habla desde la miseria, la persecución, la exclusión social. Es también un sobreviviente, pero ha calado a fondo en los valores que ansiamos para la relación social. El viejo Vizcacha habla también desde la miseria, pero lo hace para exaltar formas de supervivencia a costa de la picardía, de la burla, del sálvese quien pueda. En ese discurso fundacional que nos legó Hernández, están presentes dos pedagogías que no desaparecerán nunca de escena en nuestro país. No es casual que Fierro diga: “es de la boca de un viejo donde salen las verdades” y que figuren en el poema las verdades del viejo Vizcacha.

Bien, hagamos un alto en este camino. La tradición de la picaresca nos muestra los siguientes elementos:

→ el engaño
→ el ingenio
→ la astucia
→ la habilidad en la palabra
→ la falta de afectos permanentes
→ el anhelo de sobrevivir o de trepar
→ la crítica sarcástica, pero a la vez la ausencia de intentos de transformar la sociedad
→ el exhibicionismo de las “virtudes”
→ el aprendizaje en la vida

Pero hasta ahora nos hemos detenido en la picaresca producto de la marginación y la exclusión sociales. Hemos dejado la palabra a Pablos, a Fierro y al viejo Vizcacha. Sociedades como las retratadas en esas obras, sea en el siglo de oro español o en el siglo XIX argentino, no nos son para nada ajenas, en estas tierras nuestras con más de un cincuenta por cierto de sus habitantes sumidos en la pobreza. Seríamos ciegos si no reconociéramos una siembra constante de seres lanzados a la supervivencia y, por lo tanto, a los posibles caminos de la picardía para sostenerse en la existencia. Podríamos, con estas afirmaciones, cerrar el cuadro y el desarrollo de esta exposición. Pero nos corresponde detenernos en algunas preguntas:

¿Y si la picaresca hubiera en nuestro tiempo ganado el poder? ¿Y si fuera tan omnipresente como en los ambientes retratados por Quevedo, sólo que ahora potenciada al infinito por otros mecanismos? ¿Y si la tuviéramos día a día entre nosotros, como práctica social y como constante oferta discursiva?

No me detendré en la crítica a la justicia, ni en el señalamiento por demás vigente de la corrupción a escala del país. Quiero hablarles de la presencia de la picaresca en la televisión argentina.

Pero antes aludiré al elogio a uno de estos pedagogos: el que hizo Oscar Landi a Alberto Olmedo en su libro *Devórame otra vez*. La lectura de este importante intelectual argentino, fallecido el año pasado, muestra a un personaje que acompañó varios años a buena parte del país. 70 y 80. Veamos sus palabras:

> “La complicidad de Olmedo con su público se alimentó durante tres décadas de actuación, pero quizá su humor alcanzó particular resonancia en el contexto de los últimos años al establecer los puentes entre el repertorio de la precariedad y del rebusque (…) y la zona de la picaresca, la referencia al sexo, el erotismo de trazos gruesos y el cuerpo explícito (…). Maestro de la improvisación, representó como nadie el grotesco, el sin sentido, la parodia que nos permitió seguir viviendo en la Argentina de la larga crisis (…). Antihéroe que jugó siempre con los límites, fue nuestro cómplice durante un largo recorrido.”

Esta mirada fue refutada por Beatriz Sarlo en su momento. Ella puso el énfasis en los excesos del pícaro, en su misoginia, en sus burlas desmedidas. Dos formas de percibir al pícaro.

Me detendré en dos grandes maestros: Gerardo Sofóvich y Marcelo Tinelli. El primero representa la vieja escuela de la picaresca: el tipo que está de vuelta de todo, que irradia una experiencia en la vida para la cual no hay sorpresas, que puede hablar con autoridad de cualquier tema, incluso de política, que pontifica desde una seguridad sin márgenes, que presume de sabio con la misma soltura con que juega a seductor con las mujeres invitadas a sus programas.

A este hombre le fue confiada la dirección de la televisión estatal de nuestro país durante largos años.

Tinelli encarna la nueva hornada de especimenes de la picaresca. Joven, bien parecido, gritón, embarcado casi todo el tiempo en una carcajada, empecinado en una constante tarea de llevar a los demás al ridículo, a través de sus palabras, sus gestos y sus cámaras ocultas, ha protagonizado una pedagogía de la agresión por la burla sostenida por años y años en la pantalla.

Los dos comparten el manejo del lenguaje, el sentido de oportunidad. Y, sobre todo, comparten una característica constante, ya anunciada por el Buscón Pablos cuando salía de aventuras para deslumbrar a sus amigos. Me refiero al acompañamiento sin pausa ni tregua del aplauso. El pícaro de hoy, en el medio televisivo, no es un solitario, tiene alrededor una corte de bufones que todo se lo festeja.

Podríamos hablar también aquí de complicidades con el público, como decía Landi; afirmar que personajes como ellos nos han ayudado a sobrellevar la larga crisis de los años 90. Estaríamos frente a transgresores que nos hacen reír, nos permiten tomar más a la ligera estos duros años de vientos neoliberales. Pero la cuestión no es tan sencilla. Olmedo representaba una parte de la totalidad de la programación en sus tiempos. La nueva picaresca ha copado casi toda la programación. Ella es la oferta. Omnipresente, nos cerca con programas que no cesan de aparecer: “Intrusos en el espectáculo”, “Arde Troya”, las mil versiones de Moria, “La otra verdad”, las mil versiones de Viale, son apenas algunos ejemplos de esta multiplicación de los pícaros en el seno de nuestra vida cotidiana, porque la televisión es parte creciente de nuestra vida cotidiana.

Y no nos enfrentamos a predicadores de la picardía, sino a prácticos de la misma. Los vemos actuar. No son consejos a la manera del viejo Vizcacha, son modelos sociales en plena acción. Y es sabido que los valores, y los antivalores, no se predican, se practican.

Las preguntas se imponen: ¿es sólo complicidad, disfrute, libertad de elección de los televidentes, tiempo de ocio gastado como a cada quien le da la gana? ¿O estamos frente a una pedagogía de la picaresca con más presencia y continuidad que la pedagogía de los valores que nos convoca a este encuentro?

No nos alcanzan para responder tales preguntas las teorías comunicacionales que nos hablan del libre albedrío del perceptor, de su capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, de su juicio crítico. Una pedagogía constante en la dirección que nos ocupa no puede no dejar huellas, no puede no abrir los márgenes de tolerancia al atropello (sembrado de carcajadas) de quienes caen en los juegos de simulaciones del match del video. La picardía omnipresente es una invitación a la picardía en la vida cotidiana, a su tolerancia y a su práctica.

Los tiempos que corren no son nada sencillos. De un lado la generalización de la pobreza con un acercamiento a lo señalado con relación a la época del Buscón y del Lazarillo: oro y hambre. La desigualdad social genera inevitablemente astucias para sobrevivir. De otro la picaresca en el poder mediático. Y también la picaresca en el manejo de la cosa pública, en la política.

¿No será que encuentros como éste son en realidad una forma de resistencia? ¿No habrán quedado en minoría los valores en medio de esta tormenta de pícaros mediáticos y de pícaros en el seno de la vida pública?

No pretendo ensayar una respuesta a esa pregunta. Ninguna sociedad agota jamás sus reservas morales y es necesario continuar apostando a ellas con toda el alma.

Se desprende de mis argumentos algo que nos debería preocupar en lo profundo: no es posible enfrentar a la pedagogía práctica de la picaresca con una prédica discursiva sobre el valor de los valores. Necesitamos modelos de carne y juego y experiencias en las cuales sean vividas la convivencia, la colaboración, la solidaridad, la tolerancia, la escucha, el respeto.

De optar se trata.

Muchas gracias.

Daniel Prieto Castillo
San Rafael, 27 de Septiembre de 2003